

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

17/2014

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Benigno, Francesco, *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar
históricamente*, Madrid, Cátedra, 2013
(Rafael Valladares)
pp. 212-219



Universidad
de Navarra

Benigno, Francesco, *Las palabras del tiempo. Un ideario para pensar históricamente*, Madrid, Cátedra, 2013, 300 pp. ISBN: 978-84-376-3142-4. 16€

Prólogo. Pensar históricamente (Ricardo García Cárcel). *Agradecimientos. Introducción. Hacer historia en tiempo de memoria.* Lo moderno puesto a distancia. El desafío de la memoria. ¿Historia tradicional vs. historia memorial? Conclusiones: para una historia crítica. *Capítulo primero. Identidad.* Érase una vez la clase. Entre individualismo radical y representatividad. El descubrimiento de la identidad. La modernidad que hemos perdido. El mundo licuefacto. «Simul stabunt, simul cadunt»: la nación, la clase y las trincheras identitarias. Conclusiones: ajustar cuentas con la inocencia perdida. *Capítulo 2. Generaciones.* Oleada tras oleada. ¿Generación como clase? La invención de la generación. Conclusiones: memoria generacional y construcción del acontecimiento. *Capítulo 3. Cultura popular.* La vulgata historiográfica de la cultura popular. Mil Menocchios. La irrupción del giro hermenéutico. Folklore y antropología reflexiva. La invención del pueblo. Conclusiones: repensar lo popular. *Capítulo 4. Violencia.* ¿Ritos de violencia? El diferente de nosotros. Perder la cabeza. Conclusiones: la violencia como juicio. *Capítulo 5. Poder.* El tiempo de las grandes teorías. La reacción antipositivista. Foucault. Poder, instituciones, identidades. Conclusiones: la dimensión comunicativa del poder. *Capítulo 6. Estado moderno.* En las raíces de la concepción clásica. Los años treinta. La concepción clásica del Estado moderno. La conciencia de la crisis. Una perspectiva diferente. Conclusiones: la ruptura de la «doxa». *Capítulo 7. Revoluciones.* Tras los revisionismos. La madre de todas las revoluciones. Las «revoluciones» antes de la «revolución». Conclusiones: revoluciones y memoria pública. *Capítulo 8. Opinión pública.* La crítica como matriz de la crisis. Una utopía comunicativa. Un «ancien régime» deformado. El pluralismo posible. Conclusiones: retóricas contrapuestas. *Capítulo 9. Mediterráneo.* La cuna de la civilización: el Mediterráneo de los historiadores. Honor y vergüenza: el Mediterráneo de los antropólogos. ¿Un nuevo foso? El Mediterráneo de las instituciones europeas. El rescate: el Mediterráneo de la esperanza. El arte de vivir: el Mediterráneo de las emociones. Conclusiones: el crisol mediterráneo. *Índice onomástico.*

El oficio de historiador obliga a revisar a diario el legado de nuestros colegas, pero en los últimos treinta años esta misión se ha intensificado a causa, seguramente, de los cambios tan profundos que han afectado a ideas que concebíamos casi como inamovibles. Ya no estamos tan seguros de que el final de la Edad Media sea muy distinto del inicio de la Moderna, ni menos aún de que esta anuncie y hasta genere la época Contemporánea; más bien, la última historiografía de los siglos XIX y XX se ha levantado a costa de demoler el edificio tardo-

RECENSIONES

medieval y de las sucesivas monarquías modernas. Si periodizar se ha vuelto una tarea compleja debido a que cada propuesta conlleva nuevas hipótesis, algo parecido sucede con los términos que usamos para explicar cada etapa. Y es aquí donde entra con fuerza el papel que juega el análisis de las palabras y de los conceptos.

La obra que Francesco Benigno dedica, precisamente, a estudiar nueve términos o conceptos nada sencillos –*identidad, generaciones, cultura popular, violencia, poder, Estado moderno, revoluciones, opinión pública y Mediterraneo*–, llega en un momento doblemente oportuno. Primero, porque en una situación de «crisis» como la actual la reflexión sobre el cambio histórico es obligada por naturaleza, aunque solo sea para recordar cuál es el significado primigenio de la palabra griega más usada de los últimos cinco años. Y segundo, porque la historia conceptual, género en el que podemos inscribir la obra de Benigno en un sentido amplio, no ha gozado en España del mismo predicamento que en otros países de nuestro entorno hasta hace apenas una década. O no, al menos, de un modo sistemático, esto es, analizada a través de diccionarios de términos elaborados por grandes equipos de especialistas y mediante proyectos de larga duración. De ello se ocupa Ricardo García Cárcel en la presentación del libro, aderezada con un necesario repaso a las coordenadas académicas de Benigno y a su equilibrio a la hora de atravesar –interpretando– las principales corrientes que empujan su relato: el estructuralismo, el funcionalismo, el marxismo o las mentalidades. La toma de conciencia de la falta de trabajos «conceptualistas» entre nosotros ha llevado a una editorial como Cátedra, sensible a este vacío, a emprender con valentía la publicación de este libro en España antes que en Italia, el país del autor, un hecho poco común.

Benigno es filósofo de formación e historiador modernista, aunque se mueve con facilidad entre las distintas ciencias sociales. Para el lector es un lujo que un experto en el panorama de las humanidades y con una mente atenta a los sucesivos movimientos y modas que ha vivido se ocupe de ayudarnos a entender mejor los distintos significados que han tenido las palabras. Más allá del análisis de cada término o expresión, Benigno ha escrito este libro para reivindicar la historia como ciencia crítica y racional en un tiempo que, como explica en la introducción, parece ser más de memoria y de drama que de argumento reflexivo y teoría científica. Esta preocupación por la historia profesional renovada, pero no desplazada por la emocionalidad mercantil y divulgativa de los *mass media*, atraviesa toda la obra con cierto pesimismo, quizás realismo. Su objetivo es práctico y lo expone con transparencia en el subtítulo de la obra: ofrecer *un ideario para pensar históricamente*; esto es, científicamente. Es un tema que le preocupa desde hace tiempo y al que ha dedicado el esfuerzo de reunir en este libro sus mejores reflexiones.

Al no tratarse de un diccionario, la selección de palabras no es sistemática. Sin embargo, el espectro de los temas tratados es de tal calibre que la sensación

que Benigno deja en el lector es la de haber viajado por un país de semánticas (y problemas) mucho más numerosos de los inicialmente previstos y, mejor aún, mucho más metódico de lo que se podría pensar. La premisa de arranque es la humildad del historiador, que debe aceptar la lejanía del tiempo al que desea acceder. A partir de ahí se suceden las palabras que, primero nuestros antepasados y, luego, los historiadores, hemos usado e incluso inventado para explicar los cambios, pero sin bajar la guardia ante el relativismo posmoderno. De ahí la segunda premisa de Benigno: la historia (canónica) de los conceptos de R. Koselleck, centrada en el significado de los términos que empleaban los agentes o actores históricos, debe ser enriquecida con el significado que a esos mismos términos les han dado los científicos sociales, sus intérpretes. La clave es hacer historia de los conceptos y, además, historiografía de los conceptos.

El mayor problema para llevar a cabo esta tarea o, mejor, para hacerla atractiva al público —incluidos los historiadores— es la expansión de la «historia memoria» vivida en los últimos veinte años y acelerada en los últimos diez. Para Benigno, esta clase de relato se sitúa en las antípodas de la historia como disciplina científica por varios motivos: se basa en el trauma más que en el hecho; en recordar con testimonios más que con documentos; y en emocionar más que en razonar o explicar. Pero la realidad es que esta clase de historia ha conectado con la sociedad, tiene seguidores y quienes la practican suelen ser expertos en divulgación periodística que pasan por historiadores. Sobre todo, porque para la gente común y cada vez más longeva recordar a través de sentimientos resulta más sencillo que hacerlo mediante reflexiones. Pero recordar no es necesariamente aprender, porque evocamos emociones simples pero no procesos o fenómenos complejos. Por eso la historia emocional es para Benigno el último desafío al que debe enfrentarse la historia académica y frente a ella se muestra radical. El historiador debe luchar por mantener, cuando no recuperar, un espacio intelectual propio que solo se construye con una historia crítica y de proyección pública. Esto último es factible, pues si algo ha demostrado el éxito de la «historia memoria» es que hay una elevada demanda social de conocer el pasado a la que, conviene reconocerlo, no siempre hemos sabido atender los historiadores de la academia.

Los conceptos seleccionados por Benigno son la mejor invitación al historiador para su recuperación como analista social. La crisis del estado nacional, por ejemplo, o de las clases sociales entendidas como estratos hasta hace poco indiscutibles, ha situado el problema de la identidad en la primera fila del debate. Hoy seguimos buscando la calidad identitaria en el individuo y en los órdenes estamentales (al menos para los medievalistas y modernistas) pero sobre todo en la etnia, en los grupos religiosos y en los ámbitos de escala urbana y regional, sin duda porque se consideran más idóneos para explicar los conflictos que las categorías previas ya no aclaran. La identidad ayuda a analizar la conflictividad no solo desde la ideología, que suele encorsetar rápidamente algunas

RECENSIONES

interpretaciones. Al emerger las identidades, el mundo antes ordenado por ideologías se hace más real –y más complicado–. Por lo demás, la globalización ha creado identidades más múltiples que nunca y más mezcladas (más híbridas), por lo que trabajar desde la identidad ofrece soluciones que iluminan sobre nuestras sociedades mejor que desde los presupuestos del estado, de la clase o de cualquier otra categoría en crisis.

Con el concepto de generación («generaciones», prefiere Benigno) sucede un poco lo que con la biografía, que permanece siempre ahí aunque con oscilaciones en cuanto a su uso. Pero en plural –generaciones– es un instrumento útil para comprender ciertos grupos o círculos en función, también, de su identidad. Quizás su mayor defecto es el vínculo que la idea de generación mantiene desde su origen con la idea de progreso, lo que ha llevado a la creencia de que la historia puede explicarse a través de re-generaciones protagonizadas por grupos de edad. Pero para casos concretos de la historia intelectual, literaria o del arte la generación ha dado frutos notables, salvo cuando se pretende forzar a un individuo a ingresar en una generación a la que tal vez pertenece, pero de la que no tiene conciencia. Este es el mayor límite de este concepto: la generación sirve para entender las élites, las minorías conscientes que se erigen en portavoces de los demás y que exigen ser reconocidas como tales. Pero la generación –mejor, «generaciones»– existe (a veces solo como «lugar de la memoria») y no puede ser ignorada por el científico social.

Un concepto situado en el extremo opuesto del de generación es el de cultura popular, hoy en declive tras un largo y polémico reinado entre los años 60 y 70. En su origen, su justificación mediante categorías binarias muy simples (cultura popular frente a cultura docta) logró atraer a decenas de investigadores que, a menudo, traslucían una ideología de compromiso con la izquierda más que con la historia. Las críticas que recibió el famoso molinero Menocchio resucitado por Carlo Ginzburg iniciaron la decadencia del concepto entre los historiadores hasta que los antropólogos acudieron en su rescate para acordar que la cultura popular, antes que una tradición enquistada, es una transformación permanente. Hoy no hablamos de cultura popular, pero sí, y mucho, de cultura en general y para todo, y en este «todo» existe un estrato social de identidades que sigue interesando al historiador desde técnicas más novedosas, como la del «distanciamiento» antropológico.

El término violencia es para Benigno el actual sustituto de otro más habitual y conocido: «revolución». A su juicio, el auge de la historia de las emociones ha sido de nuevo la causa de este desplazamiento al acentuar la dimensión trágica de la historia por encima de la idea de cambio –que es la esencia de las revoluciones–. Antes la violencia se veía como un elemento lógico dentro de estas fases de aceleración del cambio: ahora se ha independizado de este con el riesgo de aparecer descontextualizada y, por ende, manipulable y redirigible para reforzar argumentos a veces muy ideologizados, tanto desde la izquierda



(que destaca la violencia institucional) como desde la derecha (centrada en la violencia popular). De esta última se debate además sobre su supuesto carácter ritual de acuerdo a prácticas ancestrales o si, como argumenta Benigno, el historiador asiste a una réplica de la violencia oficial. Si se trata de lo primero, estamos ante una violencia espontánea, 'emocional'; pero si es lo segundo, estamos ante una violencia premeditada y, por tanto, racional. Como salida a este dilema, Benigno propone estudiar la violencia unida al concepto de justicia propio de cada sociedad, con el fin de analizar el acto calificado de violento desde la óptica del juicio. De la violencia, concluye el autor, no vale sorprenderse desde la emoción: hay que explicarla desde la razón. Pienso que en este capítulo Benigno podría haberse valido también de la notable producción que hoy ofrece América Latina, y Colombia en particular, sobre la llamada «violentología».

Algo semejante acaece con el poder. El elenco de enfoques con que ha sido estudiado —la burocracia de Max Weber, el dominio de clase de Karl Marx, la influencia de las élites política, económica y militar, la sociedad del liderazgo, el sistema antropológico de las redes y *brokers* o la idea del «poder diseminado» de Michel Foucault, matizada por Michel Crozier y Ehrard Friedberg—, permite a Benigno concluir que este último concepto es quizás el más refinado para analizar las relaciones (de poder) sociales, en especial si lo unimos al de identidad. Ciertamente, hoy es fácil convenir en que el poder ya no se identifica solo ni principalmente con el Estado, una clase social, una institución o una etnia, sino que consiste en una miriada de actos practicados a diario por agentes muy distintos que, no obstante su aparente nimiedad, sin embargo ejercen su parte —grande o pequeña— de poder y producen cambios.

Más conflictivo, en cambio, es el Estado moderno. Desde el siglo XIX ha sido no solo un modelo para encuadrar casi todo lo que cabía bajo la palabra historia («una agenda de trabajo»), sino también un «contenedor de poderes»; esto es, la estructura de la autoridad por antonomasia, al menos en nuestra cultura occidental. Pero, como al concepto de poder, al de Estado lo hemos sometido a revisiones continuas. Ha habido un Estado burgués, otro liberal, otro confesional y, finalmente, uno de bienestar tras 1945 pero cuyo declive es un hecho hoy día. A partir de 1980 la historia social —todo, la historia social del poder foucaultiano— ha intentado dismantelar el Estado moderno hasta casi lograrlo. Con el apoyo de una vigorosa aportación procedente de historiadores del Derecho, el monismo estatalista, sus logros centralistas y el tema de la soberanía se baten en retirada ante la nueva estrella del enfoque constitucionalista. Las consecuencias resultan obvias: al acercar la Edad Media a la Moderna, en vez del Estado (moderno), estudiamos la corte; en lugar de monarquías absolutas, tenemos monarquías compuestas; y en suplantación del discurso gubernamental único, hemos desplegado un interés infinito por las prácticas de comunicación, representación del poder y propaganda en una última oleada que debemos a la expansión de la historia cultural (y a la revolución informática y comunicativa

RECENSIONES

que vivimos) y que, a juicio de Benigno, en el fondo no ha dejado de ocuparse – si bien más sutilmente – de lo que llamábamos Estado moderno.

El concepto de revolución adquiere también el número plural a manos del autor: revoluciones. Se trata de un tema ya tratado por Benigno en un libro anterior y que, por tanto, domina. Como eventos fundacionales que son, tanto de épocas como de ideas, fue la historia liberal y su idea de progreso –y luego el marxismo desde 1917–, los que elevaron a las revoluciones a un pedestal del que empezaron a ser bajadas por los revisionistas de los años 80. Desde entonces, la Revolución Inglesa, la Independencia de Estados Unidos, la Revolución Francesa y la Rusa han perdido en mitología lo que han ganado en 'normalidad': en vez de causar progreso y libertad, han generado despotismo y violencia. Las revoluciones no ventilaban conflictos sociales, sino políticos entre minorías que, de haber optado por evitarlos, habrían podido hacerlo. Y aunque es innegable que las revoluciones provocaron cambios hoy vistos como positivos, se argumenta (desde el revisionismo más conservador) que estos mismos cambios podrían haberse producido sin recurrir al conflicto –lo que traslada el problema al campo de una dudosa historia virtual–. Contemplado así, se entiende que hoy la revolución compita con otras formas de cambio rápido como el golpe de estado o la guerra civil a la hora de atraer a los historiadores. En todo caso, y pese al sesgo conservador de este revisionismo, al menos ahora sabemos mejor que antes lo que no fue una revolución y también que a esta, no obstante todas las reservas, no se le puede negar una capacidad transformadora. Las claves para impulsar nuevos estudios sobre el campo pasan por el comparatismo –para reducir la excepcionalidad de algunos casos tan idealizados como la Revolución Inglesa, que sigue siendo analizada por una historiografía británica a espaldas del continente–, y la inclusión en el género revolucionario de otros conflictos hasta la fecha tenidos por menores, como la Fronda o la crisis napolitana de 1647, con el fin de enriquecer los análisis en detrimento de paradigmas revolucionarios a menudo demasiado rotundos.

La opinión pública como fruto de la Ilustración del siglo XVIII dirigido contra el despotismo, al menos como la definió Jürgen Habermas en 1962, constituye el siguiente hilo conductor de Benigno para expresar su sorpresa por la vigencia de un modelo que ha sido duramente criticado por especialistas de varios saberes. A causa seguramente de conjugar enfoques de la filosofía, la sociología y la historia, el concepto de opinión pública de Habermas ha envejecido menos de lo que debiera. Su propuesta 'sinfónica' sigue atrayendo a los investigadores, encandilados con el mensaje optimista de que la organización de un mínimo de sociedad civil no solo puede frenar cualquier tiranía, sino incluso fundar una democracia. La fe en la crítica –concepto, a su vez, medular y subsumido en el de opinión pública– como expresión de libertad seduce casi sin darnos cuenta, pero hay indicios para creer que esta idealización de una sociedad del XVIII conquistadora de espacios de sociabilidad y vencedora, a partir de

RECENSIONES

1789, del absolutismo, obedece en un autor alemán como Habermas a un lamento *a posteriori* por la muerte no evitada del régimen de Weimar. De ahí el interés de Benigno en rescatar del olvido la obra del estadounidense Walter Lippmann, muy anterior a Habermas y que en 1922 ya había relativizado algunos de los posteriores mantras habermianos como la idea de público («un fantasma que no existe») y sobre todo, opinión (un algo manipulable por naturaleza y no necesariamente racional ni informada).

Viene al fin el último concepto del libro, Mediterráneo, como sustantivo y como adjetivo. Para un historiador italiano y modernista de la generación de Benigno no es extraño que la obra de Fernand Braudel sirva para abrir esta reflexión que, quizás más que ninguna otra precedente, opera más de ensayo personal –y emotivo, pese a lo regañón que el autor se muestra con esta categoría– que de artículo historiográfico. Lo mediterráneo no es solo geografía, sino cultura. Pero a partir de este punto de encuentro casi todo son divergencias, pues la pregunta que llevan haciéndose al respecto los historiadores, antropólogos, filósofos y literatos es cuántas culturas hay en este mar milenario situado entre dos tierras. Braudel, que inauguró el último ciclo mediterraneísta, presentó su objeto como un solo 'personaje' dotado de unicidad que hasta la fecha no ha dejado de ser discutido. Para unos –en especial, los atlantistas– se trata de un invento, de un ente artificial imposible de ser historizado. Para otros, aquella apuesta supuso una genialidad que devolvió a la historiografía uno de sus objetos más valiosos para entender el mundo y cuya aparente división entre musulmanes y cristianos había llevado a creer que ya no existía. Lo cierto es que el debate, por estéril, agotó a todos y abrió el paso al Mediterráneo de los antropólogos, que se creyeron más capaces que los historiadores para recomponer un mosaico de cultura hedonista que seguían viendo común. Sus logros han vuelto a ser muy discutidos. Tras la crisis del islamismo integrista se ha avivado la discusión entre quienes ven como mínimo dos mares irreconciliables y quienes, por el contrario, aventuran un futuro de cooperación promovido mediante conferencias políticas de resultados inciertos. Pero el concepto de Mediterráneo, tanto si se niega su existencia como si se defiende, está vivo, hasta el punto de que ha servido para crear la enésima versión de una 'cultura' idealizada –el mito, y producto del *marketing*, de la «dieta mediterránea» (expresión acuñada por el estadounidense Ancel Keys en 1980) –. Es este un «Mediterráneo de las emociones» que vuelve a desconcertar, incluso a exasperar, a Benigno, quizás porque el carácter incombustible del Mediterráneo como encrucijada histórica –y él habla sobre todo como historiador– sigue reclamando análisis racionalmente renovados.

Obra esta, pues, de altos vuelos, como es siempre el estudio de las palabras que empleamos para aprender a interrogar el pasado y a explicarlo. Pero haciéndolo históricamente, esto es, con la conciencia de que también ellas, las palabras –y sobre todo los conceptos que esconden–, envejecen tanto o más

RECENSIONES

que nosotros, sus creadores. Hay, sin embargo, un vacío en estas páginas que debiera haber sido evitado: ante la insistencia de Benigno en combatir la «historia memoria» y su colonización de lo que debe razonarse en vez de sentirse, se echa de menos el análisis metódico de una palabra, un concepto, a menudo ofrecido en fragmentos: *emocional*.

Francesco Benigno (Palermo, 1955) es profesor desde 1994 en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Téramo y director del «Istituto Meridionale di Storia e Scienze Sociali (IMES) de Roma. Ha sido profesor visitante en las universidades de Cambridge, Coímbra, Girona, Barcelona y en la «Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales» de Marsella. Es autor de obras como *L' Ombra del rey: ministri e lotta politica nella Spagna del Seicento* (1990) [Traducción *La sombra del rey: validos y lucha política en la España del siglo XVII* (1992)], *Specchi della rivoluzione :confitto e identità politica nell'Europa moderna* (1999) [traducido como *Espejos de la revolución: conflicto e identidad política en la Europa moderna* (2000)], *Mercati e capitale:diritto, norma e devianza, ambiente e sviluppo, identità e cittadinanza* (2002) o *Favoriti e ribelli: stili della politica barocca* (2011)

Rafael Valladares

Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, CSIC